

VII.

CICERÓN Á CNEO POMPEYO MAGNO.

Año 691.

Si tú y tu ejército tenéis salud, huelgo de ello: yo salud tengo. De la carta que á la ciudad has escrito, he recibido, así como todos los demás, muy grande alegría. Porque nos has dado tanta esperanza de paz y quietud, cuanta yo siempre á todos con tu favor he prometido. Lo que te sé decir es, que tus antiguos enemigos y nuevos amigos (1), han desmayado mucho con tu carta, y como gente derribada de una grande esperanza, van con las orejas muy caídas. Pero la carta que me enviaste, aunque no me muestras en ella tanta afición cuanta yo confiaba, con todo esto yo la estimo en mucho. Porque jamás hallo cosa que tanta alegría me dé cuanta el entender de mí, que para con mis amigos he hecho lo que debo: y si alguna vez no me corresponden con la misma voluntad, no me pesa de hacer ventaja en el cumplir con lo que debo. Lo que yo tengo por cierto es, que ya que la voluntad que yo en todas tus cosas he mostrado no ha sido parte para hacerme tuyo, la misma república nos ha de confederar mucho y trabarnos con un fuerte lazo de amistad. Y porque entiendas qué es la falta que yo en tu carta he hallado, te la escribiré llanamente, como lo requiere mi natural condición y

(1) No se sabe fijamente quiénes son las personas así designadas, pero se cree que las principales eran M. Craso y L. Lúculo, que no podían sufrir la gloria y el poder de Pompeyo, y que sólo se reconciliaron aparentemente con él.

nuestra amistad. Las cosas que yo por la República he hecho han sido de manera, que tenía por cierto que, así por lo que toca á nuestra amistad, como por amor de la misma República, hicieras alguna mención de ellas en tu carta; pero creo lo has dejado de hacer de temor de desabrir la voluntad de alguno. Pero yo te hago saber que lo que yo por el bien de la patria he hecho, lo da por bien hecho y lo aprueba por tal toda la redondez de la tierra. Y cuando acá vinieres, entenderás que yo lo he hecho con tanto consejo y con tanto valor de ánimo, que aunque tú seas, como eres, mucho más que Scipión Africano (1), y yo sea no mucho menos que fué Lelio (2), creo que no te pesará de tenerme á tu lado en lo que tocara á la República, y también en tu particular trato y amistad. Ten salud.

VIII.

CICERÓN Á MARCO LICINIO CRASO (3).

Año 699.

Bien creo que los tuyos te habrán ya escrito el afición que yo he mostrado en defender y acrecentar tu

(1) Scipión Emiliano, el destructor de Cartago y Numancia.

(2) L. Lelio, el principal interlocutor en el tratado de la *Amistad* y uno de los del tratado de la *República*.

(3) Es el célebre Craso colega de Pompeyo, que se entendió también con César y que pereció á orillas del Eufrates. Tenía algunos años más que Cicerón, y se opuso cuanto pudo por instinto de conservación aristocrática á que este hombre nuevo creciera en rango. Después de largos disgustos se reconciliaron, y Cicerón defendió á Craso, ausente en el año 699, contra el tribuno del pueblo Ateio. Le escribe á Siria dándole cuenta del éxito de su defensa y asegurándole estrecha amistad.

honra. Porque no fué el negocio en cosa de poco momento, ó que no se echase de ver, ó que ellos no desearan escribirmela. Porque con los mismos cónsules, y con muchos de los consulares, alterqué con tanto fervor, con cuanto en ningún negocio había jamás altercado: y me he mostrado un perpetuo defensor de todo lo que á tu honra pertenezca, satisfaciendo muy cumplidamente á la obligación que á nuestra antigua amistad tengo, aunque las ocasiones de los tiempos diversas veces la han interrumpido. Porque realmente que jamás me ha faltado deseo de servirte y hacer-te toda honra, sino que malas gentes envidiosas de las ajenas alabanzas, enajenaron de mí tu voluntad, y la mía la hicieron algo resfriar alguna vez. Pero ya ha venido la sazón, que yo más deseaba que esperaba, para que en tus prosperidades se pueda bien mostrar la memoria que yo tengo de nuestra antigua voluntad, y la fidelidad que guardo en el tratar de la amistad. Porque he salido con esto, que no solamente los de tu casa, pero aun toda la ciudad ha entendido que te soy muy grande amigo. Y así tu mujer (1), que es la más principal mujer de cuantas hay, y tus hijos Crasos (2), que en el paternal amor, en virtudes, en el ser bienquistos hacen ventaja á todo el mundo, todo lo que han de hacer lo comunican conmigo, y siguen mis consejos y pareceres, y guían las cosas por donde yo les digo: y el Senado y pueblo romano entiende que, en tu ausencia, ninguno habrá que en todo lo que á ti tocarse se muestre más presto y aparejado á tu servicio, que yo con todas mis fuerzas, cui-

(1) La esposa de Craso, hermana de M. Bruto, llamábase Tertula, diminutivo de Tercia. Suetonio supone que tuvo relaciones con César.

(2) Los dos hijos de Craso. Publio, el más joven, murió, como su padre, en la guerra contra los Partos.

dado, diligencia y autoridad. Qué es lo que se ha tratado y lo que se trata, yo creo que los tuyos te lo escribirán. De mí querría que tengas esto por cierto y por cosa muy averiguada: que á esforzar y defender tu honra con mis fuerzas y posibilidad, no me ha movido voluntad ninguna repentina, ni determinación de sobresalto, sino que desde que entré en la plaza (1), siempre he tenido deseo de serte muy familiar amigo. Y me acuerdo que en todo este tiempo, ni á mí me faltó deseo de tenerte todo respeto, ni á tí deseo de abrazarme con toda voluntad y liberalidad. Si algo se ha atravesado de por medio que no tanto á la verdad cuanto al crédito de la gente ha mostrado haber habido entre nosotros algún desabrimiento, pues ha sido todo falso y vano, quede ya arrancado de raíz de toda nuestra memoria y trato de vivir. Porque tú eres un hombre de tanto valor, y yo también deseo serlo tal, que pues habemos venido al mundo en un mismo tiempo de la república, confío que el tener entre nosotros amistad y conformidad de voluntades, nos ha de redundar á ambos en muy grande alabanza. Tú, pues, determinarás por tí mismo la estima que querrás hacer de mí: y creo lo determinarás de manera que sea para honra mía. Yo, por mi parte, te prometo y doy palabra de mostrar singular y muy entera afición en todo lo que conviniere á tu honra y dignidad. Ya yo sé que en esto tengo de tener muchos contrarios; pero á juicio de todo el mundo, y mayormente al de tus Crasos, á todos los derribaré y atropellaré por tierra: quiérolos yo á tus dos hijos mucho; pero á Publio le tengo algo más afición que á Marco, porque desde su niñez me ha tenido mucho amor y respeto,

(1) Cicerón tenía seis años menos que Craso, y cuando se presentó por primera vez en el Foro miraba á éste con respeto.

y ahora me lo tiene tanto como si yo fuese su padre.

Esta carta deseo que la tengas en cuenta de confederación y liga, más que no de carta; y que tengas por cierto que lo que aquí yo te prometo y ofrezco, lo guardaré con entera fidelidad y diligencia. En la empresa que yo he emprendido de defender tu honra en tu ausencia, no solamente permaneceré yo por hacer lo que debo á nuestra amistad, pero aun también porque no me tengan por hombre de poco asiento y firmeza. Por esto me ha parecido que me bastaba escribirte esto por ahora: que todo lo que yo entendiere ser cosa que toca ó á tu voluntad, ó á tu provecho, ó á tu dignidad, lo haré de mi propio motivo: y si algo hubiere que tú me lo escribas, ó los tuyos me lo avisen, haré que entiendas que ni tú me lo escribiste en balde, ni los tuyos tampoco en balde me avisaron. Y así deseo que tú me encargues por carta todas las cosas que se te ofrecieren, grandes, medianas y pequeñas, como á hombre que de veras te es amigo: y les encargues á los tuyos que se sirvan de mi trabajo, consejo, autoridad y favor en todos los negocios públicos y particulares, en el audiencia y fuera de ella, que se te ofrezcan ó á tí, ó á tus amigos, huéspedes y clientes, de tal manera que, en cuanto fuere posible, mi trabajo les alivie el deseo y cariño que tengan de tu presencia. Ten salud.

IX.

P. VATINIO Á CICERÓN (1).

Año 708.

Si estás con salud, huelgo de ello: yo salud tengo. Si no has perdido tu buena costumbre en defender á tus amigos, ahora viene á tus manos Publio Vatinio, tu cliente, para que le hagas merced de defenderlo. Y pues lo defendiste en el peligro, no creo lo desampararás en la pretensión de la honra. Yo no sé á quién acudir que me defienda, sino á aquel debajo de cuya defensa y amparo aprendí á salir con la victoria. Porque yo no temo que por amor de mí no atropelles y pises las reprensiones de gente baja y ruin en la pretensión de mi honra; pues en el negocio en que me iba la conservación de mi estado (2), no te puso espanto la conspiración que contra mí hicieron hombres muy poderosos. Por lo cual, si me tienes aquel mismo amor que me solías tener, encárgate de mí todo entero, y determina echarte á cuestras esta carga que te encargo de volver por mi honra. Ya

(1) Esté Vatinio es el mismo á quien Cicerón atacó violentamente, dejando en uno de sus discursos consignadas sus maldades. Le escribe desde Iliria para rogarle que le defienda de sus detractores, lo que Cicerón hizo porque había cesado ya la enemistad entre ellos. Añádase que Vatinio, después de ser uno de los enemigos más ardientes del partido pompeyano, se acababa de entregar con el ejército de su mando á Bruto.

(2) Fué enviado por César á Iliria con tres legiones para restablecer los impuestos y tomar rehenes. Por esto pedía una *Supplication*.

ves que no sé en qué se viene, que nunca por mí desgracia me faltan émulos; pues no en verdad porque yo se lo tenga merecido. Pero ¿qué importa, si ya es este mi hado y desventura? Si acaso hubiere alguno que en mi pretensión se quisiera mostrar contrario, suplicote que uses conmigo de tu acostumbrada liberalidad, defendiéndome en ausencia. Un traslado de la carta que envió al Senado dándole cuenta de mis sucesos te lo envió con ésta. Un esclavo tuyo, que te servía de lector (1) y se te ha huído, me dicen que está en tierra de Vardeos (2), y aunque tú no me lo has encargado, yo ya he dado cargo que por mar y por tierra me lo busquen. Yo lo habré á mis manos, si no se me pasa á Dalmacia, y aunque se encierre allí, lo sacaré al cabo. Procura de quererme mucho. Ten salud. Del campo de Narona (3) á los 11 de julio.

X.

PUBLIO VATINIO Á CICERÓN.

Año 708.

Si estás con salud, huelgo de ello: yo salud tengo. Hasta ahora aun no he podido salir al cabo en hallar á tu esclavo Dionisio, especialmente porque el frío de Dalmacia, que me hizo retirar de ella, me ha alcan-

(1) Refiérese al esclavo Dionisio y no al liberto preceptor de los hijos de ambos Cicerones. Este esclavo se fugó, robando libros á su amo.

(2) Pueblo que formaba parte de Dalmacia.

(3) Ciudad de Liburnia junto al río Narón, hoy Narenta.

zado aquí también. Mas no pararé hasta haberlo á mis manos. Pero encárgasme cosas muy fuertes y dificultosas de hacer. Hasme enviado á rogar por Catilio (1) con extraño encarecimiento. Extraño hombre eres tú y nuestro amigo Sexto Servilio, á quien también tengo grande voluntad. ¿Es posible que unos hombres de vuestras prendas se pongan á rogar por semejantes reos ni á defender tales causas? ¿á un hombre el más cruel del mundo, que ha muerto tantos hijosdalgo, tantos ciudadanos romanos, forzado tantas matronas, destruído tantas tierras? Y el mono se atrevió á tomar armas contra mí, y yo le prendí por buena guerra. Pero ¿qué puedo hacer, amigo Cicerón, sino complacerte? Deseo hacer cuanto me mandes. El castigo y pena que le habia de dar, pues lo habia prendido, yo se la perdono por amor de tí. Pero ¿qué les responderé á los que se me vienen á quejar que les ha robado sus haciendas, salteado sus navíos, muértoles sus hermanos, sus hijos, sus padres? Aunque tuviera la cara y poca vergüenza de Apio, mi predecesor (2), no pudiera sufrir esto. ¿Qué será, pues? Que haré todo lo que entendiere que tú quieres. Tu discípulo Quinto Volusio lo defiende por tela de proceso. La mayor esperanza que tenemos es ver si esto podrá hacer apartarse de la queja á los contrarios. Tú si entendieres que es menester, procura de volver por mi honra. César me hace grande agravio en no proponer en el Senado lo de mis suplicaciones, y lo que en Dalmacia he hecho: como si lo que yo allí he he-

(1) Este Catilio debió ser algún pirata dálmata que aprisionó Vatinio y quería castigar con la muerte. En atención al extraño interés que por él mostraron Cicerón y Servilio, prometió perdonarle.

(2) Apio Pulcher, predecesor de Vatinio como augur, no en el gobierno de Iliria, pues Apio solo gobernó la Cilicia.

cho no fuesen cosas que mereciesen justamente el triunfo (1). Porque si espera que yo concluya la guerra del todo, Dalmacia tiene veinte pueblos muy antiguos, y los que ellos han atraído á su amistad son más de sesenta: si no se me han de conceder las supplicaciones hasta que los haya tomado á todos éstos, es ponerme diferentes leyes que á los demás emperadores.

Después que las supplicaciones se me concedieron he pasado á Dalmacia, he conquistado seis pueblos por fuerza de armas; y este sobre que ahora estaba, y es el mayor de todos, helo tomado ya cuatro veces. Porque les he ganado ya cuatro castillos, y cuatro lienzos de muralla, y todo el alcázar; del cual me han hecho retirar las nieves, los fríos y las muchas aguas, y ha sido fuerte cosa, amigo Cicerón, que la fortaleza del tiempo me haya forzado á desamparar el pueblo: que ya lo tenía tomado, y la guerra, que ya era con aquello concluída. Por lo que te suplico que si fuere menester defiendas mi parte delante de César (2), y hagas cuenta que en todo lo que se me ofreciere me has de amparar, teniendo esto por cierto: que no tienes amigo que más te quiera que yo. Ten salud. De Narona, á los 5 de diciembre.

(1) Según los Fastos capitolinos, obtuvo este triunfo tres años después. Igual tiempo hacía de la muerte de César, y sin duda logró que le perdonara Octavio la entrega de sus tropas á Bruto.

(2) ¿Dió Vatinió motivo para sospecha y descontento de César? Su posterior conducta lo hace presumir.

XI.

CICERÓN Á PUBLIO VATINIO.

Año 708.

No me maravillo que lo que yo hago por tí te caiga en gracia, porque siempre te he conocido por el más agradecido del mundo (1), y siempre delante de todos he de tí hecho tal relación. Porque lo que yo he hecho por tí, no solamente me lo has agradecido, pero muy bien galardonado. Por lo cual, en todo lo demás que se te ofreciere hallarás en mí la misma afición y voluntad. Cuanto á lo que me escribes encomendándome tu mujer Pompeya, persona de tanto valor, en leer tu carta, luego hablé con nuestro amigo Sura para que le dijese de mi parte que me avisase de todo lo que fuese menester, porque todo lo que me encargase lo haría con mucha afición y diligencia: y así lo cumpliré, y aun si menester fuere, yo mismo me veré con ella. Pero querría le escribieses que cualquier cosa, por grande ó por pequeña que sea, no me la deje de encargarse pareciéndole que ó me será pesada ó cosa baja para mí. Porque todo lo que yo por tí hiciere lo tendré por cosa de poca dificultad y muy honrosa. Por amor de mí, que lleves al cabo lo de mi esclavo Dionisio. Porque toda la fe que tú le dieres, yo la cumpliré. Y si todavía fuere vellaco, como lo es, traerlo has cautivo para tu triunfo. Mal

(1) Por el favor que le había hecho Cicerón apoyando su demanda para las *supplications*.

año les dé Dios á los de Dalmacia, que tanta fatiga te dan. Aunque, según me escribes, presto los sujetarás, y su sujeción dará mucho lustre á tus hechos, porque siempre han sido tenidos por valientes. Ten salud.

XII.

CICERÓN Á L. LUCEYO (1).

Año 697.

Muchas veces he estado por rogarte esto cara á cara, y hámele estorbado una casi rústica vergüenza; y así quiero por carta manifestarte mi voluntad, porque la carta es cosa más libre de vergüenza. Tengo un extraño deseo, aunque (á lo que entiendo) no digno de reprensión, de que tú con tu dulce estilo honres y des luz á mi nombre. Porque aunque tú muchas veces me prometes que lo harás, deséolo yo tanto, que habrás de perdonarme la mucha prisa que te doy. Porque tu manera de estilo, aunque yo confiaba siempre que había de ser muy grave, con todo eso cuando lo ví me pareció muy más grave que yo pensara; y me dejó tan enamorado y encendido en su deseo, que despertó en mí una muy encendida codi-

(1) Lucio Luceyo fué muy elogiado por Cicerón como hombre, como historiador y como escritor. Parece que era historiador distinguido. Cicerón intentó hacerle escribir la historia de su consulado, pero no pudo conseguirlo. Escribió sobre la guerra itálica y la civil. No queda de él ni obras ni discursos, únicamente una carta á Cicerón para apartarle de su soledad después de la muerte de Tulia, carta poco consoladora y persuasiva.

cia de que en breve tiempo mis cosas saliesen á luz adornadas de él. Porque no sólo me hace desear esto la esperanza de que ha de quedar de mí perpetua fama en la memoria de los que vendrán, pero aun deseo también en vida gozar ó de la autoridad de tu aprobación, ó de la censura de tu amor, ó de la dulzura de tu habilidad. Aunque bien entendía cuando esto te escribía tus muchas ocupaciones, y las muchas cosas que tienes emprendidas y aun comenzadas. Pero como yo veía que ya tenías casi al cabo la historia de la guerra itálica (1) y también la civil (2), y me dijiste que comenzaba ya á pasar tu historia á las cosas de adelante, no quise descuidarme de mí mismo, sino advertirte que mirases si querrías más tratar de mis cosas así juntamente con las demás, ó como han hecho muchos de los Griegos (como fueron Calistenes (3), que escribió de parte la guerra troyana, Timeo (4) la de Pirro, Polibio la de Numancia; todos los cuales escribieron aparte de sus historias generales estas guerras que he dicho), si acaso también querrías escribir aquella conjuración de los ciudadanos, aparte de las guerras de los enemigos y naciones extranjeras. Para lo que á mi alabanza toca no me parece á mí que hay mucha traviesa de hacerlo de la una manera ó de la otra; pero para dar contento á mi prisa, importa mucho que no aguardes á la sazón y

(1) La guerra itálica ó mársica ó social, pues con los tres nombres se conoce, la ocasionó la liga de las ciudades de Italia para obligar á los Romanos á concederles el derecho de ciudadanía.

(2) La guerra entre Mario y Sila.

(3) El que Alejandro hizo morir por conspirar contra él ó por negarle honores divinos. Era discípulo de Aristóteles.

(4) Timeo de Taurominium, hoy Taormina en Sicilia, muy elogiado por Cicerón en su libro *Del orador*, escribió la historia de la guerra de Pirro en Italia.

lugar del caso, sino que luego de parte te pongas á escribir todo aquel suceso. Demás de que si todo tu juicio y entendimiento se emplea en una sola materia y en sola una persona, veo yo muy á la clara que saldrá la obra muy más adornada y muy más enriquecida. Aunque bien entiendo cuán desvergonzado es este mi atrevimiento, primeramente en echarte á cuestras tan gran carga (que justamente la puedan rehusar tus muchas ocupaciones), demás de esto, en pedirte que me alabes. Porque ¿qué sé yo si á tí por ventura no te parecen mis cosas tan dignas de alabanza? Pero quien una vez ha quebrado el hielo de la vergüenza ha de ser bien de veras desvergonzado. Yo, pues, te ruego muy encarecidamente que lo encarezcas todo aquello más aún de lo que á tí te parezca que merece ser encarecido, y que en esto quiebres las leyes de la historia; y que si acaso aquella afición de quien tú en un principio de una obra tuya dijiste muy graciosamente que no te podía á tí más vencer que á aquel Hércules de Jenofonte (1) pudo vencer el regalo, te rogaré mucho que me tengas por encomendado y no tengas en poco sus ruegos, sino que por amor de mí aflojes un poco más las riendas á la pluma de lo que te permita la verdad. Y si yo pudiese persuadirte á que tomes este cargo, no me parece que será materia pobre para que tú muestres en ella la fertilidad y copia de tu estilo. Porque desde el principio de la conjuración hasta mi restitución, me parece á mí que se podría hacer un mediano cuerpo de historia, donde tú te podrás mostrar muy sabio en las mu-

(1) Alude á la conocida anécdota de que Hércules, adolescente, vió en sueños dos caminos, uno que conducía á la virtud y otro al vicio, y escogió el primero, lo que no le impidió hacer frecuentes excursiones por el segundo.

danzas de los estados y gobierno de los pueblos, ó declarando las causas de donde proceden en ellos las novedades y mudanzas, ó mostrando los remedios que se han de procurar para evitarlas; reprenderás también lo que te pareciere digno de reprehensión, y aprobarás lo que bien te pareciere, dando las razones por qué lo apruebas ó repruebas; y aun si quisieres usar de tu libertad acostumbrada, podrás vituperar la poca fidelidad que algunos me guardaron, las traiciones que me urdieron, los traspíes que me dieron. Tendrás también mucha diversidad de cosas que tratar en mis desgracias, que darán mucho gusto á los lectores, para entretenerlos en la lección. Porque no hay cosa tan conveniente para entretener al lector y darle gusto, como las diversidades de los tiempos y las mudanzas de la fortuna; las cuales, aunque en el pasarlas nos fueron tan penosas, nos serán ahora, leyéndolas, dulces y sabrosas. Porque la memoria de los males pasados, al que ya está fuera del peligro de ellos, le da mucho contento. Y á los demás que no los han pasado, sino que sin sentimiento ni pena ninguna están mirando las ajenas desgracias y trabajos, aun la misma lástima que de ellos tienen les da muy grande gusto. Porque ¿quién de nosotros hay á quien no le dé alguna manera de deleite aquella lástima que le hace el leer la muerte de Epaminondas en Mantinea? el cual, cuando le dijeron que su escudo estaba en salvo, entonces mandó que le sacasen la saeta; y así, viendo su honra en salvo, murió de buena gana del dolor de la herida. ¿Quién de nosotros no lee con mucha atención de ánimo el destierro y vuelta de Temístocles? (1). Porque aun hasta la historia de

(1) Temístocles no volvió después de su destierro. Acaso se refiere Cicerón á la vuelta de sus cenizas.

los anales, con no tener más artificio que guardar orden en el suceso de las cosas, nos da alguna manera de contento con aquel representarnos las cosas como por modo de calendario. Pero los peligros y desgracias de un hombre de valor traen consigo grande admiración, suspensión de ánimo, alegría, pena, esperanza, temor. Y si vienen á rematarse con algún notable suceso, queda el ánimo contento y satisfecho del deleite de aquella dulcísima lectura. Por esto deseo yo mucho que tú huelgues de apartar de tus continuas historias, donde pones el perpetuo discurso de las cosas, esta mía, que sea como una tragicomedia de mis trabajos y sucesos. Porque bien la puedo llamar así, pues tiene diversos actos, y diversas representaciones de consultas y de tiempos. Ni temo que á tí te haya de parecer que te quiero ganar la boca como por una manera de lisonja, en decirte que deseo mucho que tú me honres y alabes con tu pluma. Porque no eres tú hombre que no alcances lo que eres, y no entiendas que los que no te tuvieren en precio serán más dignos de ser reputados por envidiosos que no por lisonjeros los que te alabaren. Ni yo tampoco soy tan tonto que no entienda que el desear yo que tú me pongas en perpetua fama, es desear que tú también alcances gran nombre de habilidad é ingenio poniendo mis cosas en historia. Que aquel gran Alejandro, no solamente por hacerles aquel favor á Apeles y á Lisipo, hizo aquel edicto, que ninguno le retratase su persona de pintura sino Apeles, ni ninguno lo hiciese de bulto sino Lisipo; sino porque entendía que la singular habilidad que aquellos tenían en su arte, á ellos y á él les redundaría en grande honra. Pues aquellos artífices no hacían más de dar noticia de las aposturas del cuerpo de Alejandro á los que no lo conocían; las cuales aunque ninguno las retrate,

no dejan por eso de ser los hombres de calidad muy afamados. Porque no menor fama dejó de sí aquel Agesilao, rey de Esparta, el cual jamás consintió que ni de pincel ni de bulto nadie retratase su figura, que los que por semejantes dibujos fueron muy lisiados. Porque solo un libro que Jenofonte escribió de las alabanzas de este Rey, hizo mucha ventaja á todas las imágenes y estatuas de todos los demás. Pues si tú te pusieres á escribir mis cosas, serme ha de mayor importancia para el contento de mi ánimo y para el autoridad da mi honra y buena fama, que no si cualquier otro las escribe; porque en ello no pondrás tú de tu casa solamente el ingenio y habilidad, como Timeo hizo en la historia de Timoleonte, ó como Herodoto en la de Temístocles (1); pero pondrás también tu autoridad, que es autoridad de un muy ilustre ciudadano romano y muy esclarecido varón que se ha empleado en negocios muy graves y de mucha importancia en la República, y ha dado muy buena cuenta de sí en ellos; de manera, que no solamente entenderé que se me ha dado aquel pregón de alabanza que dijo Alejandro, cuando llegó á Sigeo, que había hecho Homero de las alabanzas de Aquiles; sino también que han sido mis cosas aprobadas por dicho y testimonio de un hombre muy ilustre y de mucha autoridad. Porque me parece muy bien aquel dicho de Héctor que está en Nevio, el cual dice, *que se alegra no solamente de verse alabar, pero aun más de verse alabar de un hombre de tantas partes. y tan alabado como era su padre.* Pero si de tí esto no alcanzo, quiero decir, si alguna ocupación te lo estorbare (porque no entiendo que es justo que, pudiendo, no hagas por

(1) Herodoto elogia á Temístocles en los libros VII, VIII y IX de su historia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

mi lo que te ruego), serme ha por ventura forzado hacer lo que muchos no lo tienen por bien hecho: que habré yo mismo de ponerme á escribir mis propias cosas; lo cual también lo hicieron muchos hombres de mucha calidad (1). Pero en esto, como tú ya sabes, hay estas dificultades, que si algo hay que sea digno de alabanza, esles forzado á los tales escribir de ello con mucho tiento; y si algo hay que sea digno de reprehensión, pásanlo por alto. Demás de que á los propios autores se les da menos crédito, y tiene menos autoridad lo que se escribe; y en fin muchos sienten mal de ello, y dicen que tienen más vergüenza los pregoneros de las fiestas de la lucha, que semejantes historiadores; pues los pregoneros, después de haber puesto las coronas á los demás que han salido victoriosos, y haber publicado con alta voz sus nombres, cuando viene que á ellos les han de poner también sus coronas antes que se despidan las fiestas, llaman otro pregonero, por no pregonarse ellos por su misma boca por victoriosos. Este tan grande inconveniente deseo yo evitar; y lo evitaré si tú tomas á cargo este mi negocio, lo cual te ruego mucho que lo hagas. Y si acaso te maravillas de que habiéndome tú tantas veces prometido que escribirías con mucha curiosidad de todas las consultas y sucesos de mis tiempos, te lo pido ahora tan ahincadamente y con tantas palabras, hágote saber que es la causa que me mueve á ello aquella codicia de verlo presto salir á luz, como ya al principio te lo dije; porque tengo una extraña afición de que antes que

(1) Lo habían hecho Sila, escribiendo sus Comentarios en 22 libros; M. Scauro tres libros de su vida, según refiere Ciceron en su *Bruto*; P. Rutilio, contemporáneo y enemigo de Scauro, que también escribió su propia vida, y otros, como César, lo hicieron después.

me muera, los que no me conocen, me conozcan por tus historias, y yo en vida goce de aquella honrilla. Mucho querría, si no te ha de dar pena, que me escribieses lo que sobre esto determinas de hacer. Porque si lo emprendes, pondrélo todo por memoriales. Y si lo dilatas para otro tiempo, trataremos de ello cara á cara. Tú entre tanto no quiebres el hilo de tu escribir; y dale la dulce á lo que ya tienes forjado, y ámame mucho. Ten salud.

XIII.

CICERÓN Á L. LUCEYO (1).

Año 708.

Aunque el consuelo de tu carta me ha caído en mucha gracia (porque en él muestras tenerme mucha voluntad y lo tratas todo con no menos discreción), con todo esto, el mayor provecho que yo de tu carta he recibido ha sido el de entender cuán de veras tienes despreciadas las cosas del mundo, y cuán bien apercibido y armado estás contra la fortuna. Lo cual tengo yo por la mayor honra que puede ganar un hombre sabio, el no depender de nadie, ni la firmeza de su bien ó mal vivir fundarla en las cosas de fortuna ni colgar de ellas. Este buen pensamiento y consideración, aunque no se me ha caído del todo (porque lo tenía muy asentado en el alma), con todo eso, me lo habían un poco desatentado y sacado de

(1) L. Luceyo escribió dos cartas á Cicerón. Esta es contestación á una de aquéllas, que no ha llegado á nosotros.